
LAS INFLUENCIAS INTERNACIONALES Y LOS REGÍMENES POLÍTICOS

DR. SCOTT MAINWARING Y DR. ANÍBAL PÉREZ-LIÑÁN

El análisis cuantitativo en nuestro libro, *Democracias y dictaduras en América Latina*, mostró que un entorno político regional favorable contribuye a explicar tanto la mayor tasa de transiciones como la abrupta caída de la tasa de rupturas a partir de 1977 (Mainwaring y Pérez Liñán 2020)¹. Muchos otros académicos también reconocen la importancia de los efectos internacionales sobre los regímenes políticos (Beissinger, 2007; Brinks y Coppedge, 2006; Brown, 2000; Bunce y Wolchick, 2011; Farer, 1996; Gleditsch, 2002; Gleditsch y Ward, 2006; Huntington, 1991, pp. 72-106; Levitsky y Way, 2010; Lowenthal, 1991; O'Laughlin et al., 1998; Pevehouse, 2002a, 2002b, 2005; Pridham, 1991, 1997; Starr, 1991; Stepan, 1986; Weyland, 2010; Whitehead, 1986, 1991, 1996). La importancia de los efectos internacionales en los regímenes políticos sugiere una necesidad de repensar los enfoques convencionales de política comparada sobre la supervivencia y la caída de regímenes políticos, que se centraban exclusivamente en factores internos. Al estudiar los regímenes políticos, los científicos sociales no pueden ignorar la interacción entre los actores nacionales y los actores e influencias transnacionales.

Pero, ¿cuál es el papel de las influencias internacionales en la creación de oleadas de democratización y autoritarismo? ¿A través de qué mecanismos operan los actores e influencias transnacionales? ¿Y qué actores son responsables de estos efectos transnacionales? La bibliografía

¹Este texto está basado en el Capítulo VII de nuestro libro *Democracias y Dictaduras en América Latina* (Fondo de Cultura Económica, 2020). Agradecemos la traducción de María Victoria De Negri y el permiso de Cambridge University Press.

sobre las influencias internacionales en los regímenes políticos no ha resuelto estos problemas. Si bien los trabajos cuantitativos muestran la existencia de un impacto causal del entorno político circundante en el nivel de democracia, en las transiciones y en las rupturas, poco ha hecho para explicar los mecanismos causales tras este efecto estadístico.

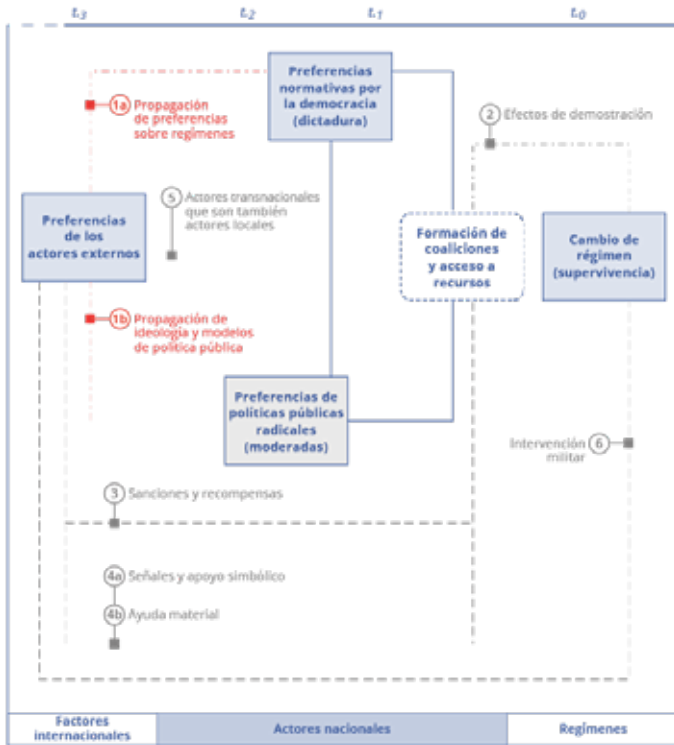
En este capítulo analizamos el papel de las influencias internacionales en los regímenes políticos. Identificamos seis mecanismos mediante los cuales las fuerzas internacionales influyen en los regímenes nacionales. Luego analizamos con mayor detalle uno de estos seis mecanismos: la divulgación transnacional de preferencias normativas de régimen y de radicalismo. Nuestro trabajo reciente muestra que este mecanismo causal ha jugado un papel central en la historia de los regímenes políticos de América Latina (Mainwaring y Pérez Liñán 2020). Ilustramos este punto con tres ejemplos históricos: la propagación del anticomunismo conservador en las décadas de 1960 y 1970, la del radicalismo revolucionario de la década de 1960 a la de 1980, y la de las normas de la democracia liberal y los derechos humanos de finales de la década de 1970 a la de 1990. En la conclusión del capítulo se destaca que, si bien las influencias internacionales ofrecen una muy buena explicación de la democratización, también poseen limitaciones importantes.

I. SEIS MECANISMOS DE INFLUENCIA TRANSNACIONAL SOBRE LOS REGÍMENES

Tradicionalmente, la ciencia política enfatizaba exclusivamente el papel de los actores domésticos en las luchas por el régimen político. Sin embargo, los actores internacionales afectan las actitudes de los actores nacionales sobre la democracia y la dictadura, sus preferencias de política pública, los recursos disponibles para las coaliciones de regímenes en pugna y la percepción de los actores respecto de la probabilidad de alcanzarla.

Gráfica I

Mecanismos que vinculan los factores internacionales con el cambio de régimen.



Note
 - - - - Las líneas de rayas y puntos indican las influencias (bidireccionales) indirectas.
 - - - - Las líneas de rayas largas reflejan las influencias directas.

La cuestión teórica fundamental consiste en dilucidar la manera a través de la cual las preferencias de actores *externos* (es decir, los participantes ubicados fuera del territorio nacional) afectan la probabilidad de cambio (o supervivencia) del régimen en el ámbito *nacional*. Argumentamos que esto puede suceder a través de seis mecanismos. El primer mecanismo es indirecto y recíproco. Los otros cinco mecanismos implican la intervención directa de actores internacionales fuertes en el campo nacional. La *gráfica I* representa estos seis mecanismos.

En primer lugar, los actores internacionales influyen en los actores nacionales mediante la difusión transnacional de preferencias normativas sobre la democracia y la dictadura, y la propagación de preferencias de política pública moderadas o radicales. Esta difusión de preferencias provoca que algunos actores nacionales elijan una u otra coalición de régimen. La propagación de las preferencias de valor sobre las preferencias de régimen y de política pública es un proceso bidireccional (como se aprecia en la [gráfica 1](#)): los actores nacionales reciben influencias del exterior, pero también influyen en los actores de otros países.

Los sistemas de creencias (que abarcan también las preferencias normativas de régimen) son profundamente internacionales. Los actores políticos locales no operan en un vacío, sellado por las fronteras nacionales, sino que actúan en un mundo de fronteras permeables, donde la información fluye sin obstrucciones. Los libros y las publicaciones, la televisión y la radio, las comunicaciones electrónicas, las conferencias internacionales, los actores internacionales como la Iglesia católica y las Internacionales Demócratacristiana y Socialista, así como los viajes internacionales y el intercambio de ideas y comunicación entre académicos, políticos, responsables de políticas públicas y activistas propagan visiones del mundo. La propagación de información y normas entre países se ha tornado más intensa desde la década de 1990, con el advenimiento de medios de comunicación poderosos e internacionalizados (p. ej., CNN) y de internet.

Una segunda manera en la que los factores externos influyen en los cambios de régimen es mediante los efectos de demostración. En este caso, los actores locales de un país se inspiran en los sucesos o los procesos políticos de otro país, y se movilizan para lograr un cambio de régimen o para mantener el *statu quo*. Este concepto es diferente del proceso de difusión transnacional de normas y creencias (el primer mecanismo), porque en este caso los efectos de demostración precipitan cambios en los cálculos de los actores sobre la

probabilidad de ocurrencia de resultados diferentes, no sobre sus preferencias fundamentales. Por ejemplo, muchos de los individuos que participaron en las manifestaciones contra los gobiernos comunistas en Europa oriental entre 1989 y 1991 ya se oponían a los regímenes en funciones. Así, las manifestaciones masivas que tuvieron lugar en otros países del bloque soviético no alteraron fundamentalmente su opinión negativa de los gobiernos comunistas, pero sí cambiaron su evaluación de la posibilidad de manifestarse sin terminar en prisión y de lograr efectuar un cambio. Los efectos de demostración ayudaron significativamente a los levantamientos opositores que derrocaron a los gobiernos comunistas en partes del bloque soviético en 1989 y principios de la década de 1990 (Brown, 2000; Huntington, 1991, pp. 100-106; Kuran, 1991; Lohmann, 1994), a las revoluciones contra regímenes en funciones en la región postsoviética en la década de 2000 (Beissinger, 2007; Bunce y Wolchik, 2011) y a los levantamientos en contra de regímenes autoritarios arraigados en Egipto, Libia y Siria en 2011-2012. La Revolución nicaragüense de julio de 1979 inspiró a la izquierda en El Salvador a creer que la revolución era posible e inspiró a la derecha a intensificar su represión casi de inmediato. Mientras que la difusión de preferencias opera mediante actores identificables, en general este no es el caso con los efectos de demostración, que operan mediante *acontecimientos* identificables.

Los otros cuatro mecanismos involucran a actores externos con influencia en la arena internacional que buscan influir en los regímenes nacionales. En la mayoría de los casos, estas acciones facilitan (o restringen) la operación de coaliciones locales que ya poseen sus propias preferencias de régimen. Por esta razón, algunos de estos mecanismos descritos en la [gráfica 1](#) operan a través de coaliciones nacionales. Un tercer mecanismo causal tiene que ver con la imposición de sanciones y la provisión de recompensas para convencer a los actores internos de unirse a (o distanciarse de) alguna coalición en favor o en contra del régimen. Frente a la posibilidad de recibir sanciones o recompensas,

los actores internos pueden ajustar sus cálculos sobre los beneficios de política pública que pueden esperarse de ciertos regímenes, y por ende retirar (o aumentar) su apoyo a una coalición de régimen determinada. *(véase la ruta 3 en la gráfica I en página 103)*

La asistencia y los beneficios económicos (como los tratados de libre comercio, las fronteras abiertas, etc.) que ofrecen los actores externos ayudan a estabilizar regímenes políticos o a promover cambios de régimen. La Unión Europea ofreció subsidios económicos a los miembros nuevos siempre y cuando mantuvieran sus regímenes democráticos, lo que tornó más atractiva la coalición democrática para los actores locales. Esta asistencia económica estimuló la democracia en el sur de Europa en las décadas de 1970 y 1980. De la misma manera, los beneficios económicos que prometía aportar la membresía a la UE sirvieron como aliciente para que los gobiernos de Europa central y oriental devinieran o permanecieran democráticos en la década de 1990, durante el proceso de admisión a la UE.

También las sanciones y otras medidas como los embargos comerciales y el retiro o denegación de beneficios, como la asistencia económica, afectan los beneficios de los actores locales. Estas sanciones pueden consagrarse en el derecho internacional, como ha sucedido con los mecanismos legales internacionales interamericanos para la defensa de la democracia, adoptados en 1991 (p. ej., la Resolución 1080 de la OEA). Este tipo de medidas pueden debilitar gobiernos, fortalecer a la oposición y desanimar a ciertos actores de unirse a determinadas coaliciones de régimen. Por ejemplo, cuando en 1993, el presidente guatemalteco Jorge Serrano intentó efectuar un golpe de Estado al eliminar al Congreso y ejercer un mayor control sobre el poder judicial, los Estados Unidos, las Naciones Unidas y la OEA dejaron claro que, de seguir adelante con este golpe, Guatemala debería afrontar consecuencias económicas. Las sanciones económicas que amenazaron con imponer los actores externos habrían afectado adversamente la economía

nacional y, por ende, algunos sectores privados que de otro modo podrían haber apoyado el golpe de Serrano le retiraron su respaldo.

En cuarto lugar, los actores externos pueden apoyar a los miembros de una coalición de régimen específica o socavar su posición relativa ofreciéndoles recursos a sus adversarios. Si bien este conjunto de mecanismos se relaciona de manera estrecha con el anterior, es analíticamente distinto. En este caso no se busca recompensar o castigar a los actores locales con el fin de impulsarlos a unirse a una coalición de régimen, sino fortalecer (o debilitar) a los actores locales que ya forman parte de bloques existentes. Las recompensas y las sanciones afectan la probabilidad de que ciertos actores se unan a coaliciones de régimen al aumentar o reducir los costos y las concesiones de política pública asociados con la democracia o la dictadura. En cambio, la ayuda directa fortalece a los actores que ya comparten las preferencias de régimen o de política pública de los donantes extranjeros.

La asistencia de Estados Unidos a El Salvador en la década de 1980 convenció a algunos actores de cambiar de bando (el tercer mecanismo) y fortaleció a otros actores a quienes los Estados Unidos deseaban respaldar (el cuarto). En la década de 1980, este país proporcionó recursos masivos a las fuerzas armadas salvadoreñas, lo que contribuyó a impedir una derrota militar a manos de la coalición revolucionaria de izquierda. Las fuerzas armadas salvadoreñas ya habían formado parte de la coalición autoritaria derechista, por lo que la asistencia estadounidense la fortaleció (cuarto mecanismo). Pero al condicionar la ayuda a una mejora de la situación de los derechos humanos por parte de los militares, los Estados Unidos también respaldaron el viraje interno de las fuerzas armadas hacia sectores que no se inclinaban por la guerra total. La política estadounidense motivó un cambio de posición predominante de las fuerzas armadas salvadoreñas, que, de ser un actor extremista en la coalición autoritaria derechista de principios de la década de 1980, pasó a estar dispuesto (si bien con

resistencia) a dejar de apoyar activamente al gobierno autoritario y a aceptar las negociaciones de paz y la política democrática (tercer mecanismo). En la década de 1980, los Estados Unidos también financiaron al Partido Demócrata Cristiano en un esfuerzo por fortalecer a la naciente coalición democrática (cuarto mecanismo).

El respaldo a los actores nacionales puede ser simbólico o material. Los actores internacionales suelen ofrecer información que indica a los actores locales cuáles son sus preferencias. El actor más importante en el hemisferio occidental por lejos son los Estados Unidos. Cuando este país hace saber que apoyará o aceptará un golpe de Estado, esto incentiva a la coalición autoritaria, mientras que cuando ofrece un respaldo inquebrantable a la democracia, esto anima a los demócratas locales a trabajar para conservar o proteger la democracia².

8 |

Los actores externos también pueden proporcionar apoyo material para ciertas coaliciones de régimen. Por ejemplo, entre 1990 y 2005, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional invirtió más de 1.700 millones de dólares en programas de apoyo a la democracia en 22 países latinoamericanos y caribeños (Azpuru *et al.*, 2008, p. 155). Finkel *et al.* (2007) muestran que estos programas en general aumentan el nivel de democracia en cantidades pequeñas, pero estadísticamente significativas. Al fortalecer la democracia, estos programas reducen la probabilidad de que ocurran rupturas de régimen. Al contrario, un ejemplo notorio de acción encubierta contra un régimen competitivo fue el apoyo de la CIA al derrocamiento del presidente

²En algunos contextos históricos, el apoyo estadounidense a los actores locales resultó contraproducente para el país beneficiario. Por ejemplo, el activismo del embajador estadounidense Spruille Braden en favor de la democracia liberal socavó el poder de Fulgencio Batista y facilitó el ascenso al poder del Partido Auténtico en Cuba en 1944. Pero cuando Braden intentó replicar esta medida en su nuevo cargo en Argentina un año después, su intervención en favor de la Unión Democrática fortaleció el atractivo nacionalista de Juan Perón entre los votantes (Ameringer, 1996, 2000; Bosoer, 2011; Guadagni, 2007).

chileno Salvador Allende entre 1970 y 1973. Cuando Allende ganó una mayoría relativa de votos en 1970, algunos funcionarios estadounidenses intentaron convencer (incluso sobornar) a miembros del Congreso chileno de que votaran por el segundo candidato presidencial, Arturo Alessandri. (Conforme a la Constitución de 1925, si ningún candidato ganaba la mayoría del voto popular, el Congreso debía elegir al presidente de entre los dos candidatos con mayor cantidad de votos). Cuando falló esta táctica y el Congreso eligió a Allende, la CIA trató de convencer a las fuerzas armadas de que dieran un golpe de Estado para impedir que el nuevo presidente asumiera el cargo. La CIA financió a sectores de la oposición chilena, como los sindicatos de transportistas, que se declararon en huelga y paralizaron el país en octubre de 1972. Las acciones de Estados Unidos para desestabilizar al gobierno de Allende respaldaron con fuerza la formación de un bloque adversario. Las medidas estadounidenses crearon nuevos recursos para la coalición autoritaria emergente, privaron a la coalición gobernante de recursos y, al alimentar la crisis económica, redujeron los beneficios políticos (y aumentaron los costos de política pública) de la democracia para los actores locales.

El quinto mecanismo descrito en la *gráfica 1* representa el papel de los actores transnacionales que al mismo tiempo son también actores nacionales. La Iglesia católica es el ejemplo más importante: es una organización mundial con sede central en el Vaticano, con una organización regional latinoamericana (mediante CELAM, el Consejo Episcopal Latinoamericano) y que opera como un actor nacional. En tanto actor nacional, la Iglesia católica a menudo ha afectado los regímenes directamente al movilizar a organizaciones católicas y a sus fieles en apoyo de determinados resultados. En cambio, los actores puramente externos (como los Estados Unidos o la OEA) ejercen una influencia en los resultados al convencer o fortalecer a actores locales, excepto en el caso de invasión militar.

Por último, los actores externos afectan los regímenes de manera directa a través de la intervención militar o el retiro de tropas. La intervención militar de los Estados Unidos en el Caribe fue común entre 1898 y 1933, y devino menos frecuente de allí en adelante. En la América Latina posterior a 1945, cuatro resultados de regímenes se determinaron por intervenciones militares de Estados Unidos: Guatemala en 1954, República Dominicana en 1965, Panamá en 1989 y Haití en 1994. En contraste con los casos de Panamá, Haití y la República Dominicana, la invasión de Guatemala en 1954 es un caso que ocupa una zona gris, a medio camino entre la intervención militar directa y la ayuda extranjera a coaliciones nacionales. Un grupo de mercenarios, con financiamiento estadounidense, derrocó al régimen semidemocrático del presidente guatemalteco Jacobo Arbenz (1951-1954) e instalaron una dictadura que duró hasta 1986 (con varios presidentes). La invasión estadounidense a República Dominicana bloqueó el posible regreso de Juan Bosch, elegido democráticamente y derrocado en un golpe de Estado en 1963. En abril de 1965, cuando un grupo de líderes militares seguidores de Bosch se rebelaron con la esperanza de devolverlo al cargo, el presidente estadounidense Lyndon Johnson (1963-1969) envió tropas que ayudaron a derrotar a los militares leales a Bosch. La invasión estadounidense sostuvo a un régimen autoritario que persistió hasta 1978 (cuando, paradójicamente, los Estados Unidos ayudaron a terminar la dictadura al insistir en la celebración de elecciones limpias). La invasión a Panamá condujo a la instalación de una democracia que ha perdurado desde la década de 1990 hasta la actualidad. Finalmente, la invasión a Haití en 1994 restauró el gobierno del presidente Jean Bertrand Aristide, pero en este caso el régimen competitivo se deterioró al cabo de unos cuantos años. Aunque son solo cuatro los resultados de regímenes determinados por invasiones militares en el periodo posterior a 1945, como tres de estas intervenciones tuvieron impactos de largo plazo, su efecto total es importante.

Estos seis mecanismos causales suelen operar juntos y reforzarse mutuamente. Por ejemplo, la difusión de las preferencias normativas sobre regímenes políticos entre diferentes países puede llevar a los países a rechazar el antiguo método de la intervención militar externa y a aceptar la introducción de nuevas normas formales a fin de proteger los regímenes competitivos. Al respecto, las nuevas preferencias valorativas y los recursos y las sanciones externos pueden trabajar a la par de los cambios de los patrones de intervención militar extranjera.

II. PROPAGACIÓN TRANSNACIONAL DE LAS PREFERENCIAS DE REGÍMENES Y DEL RADICALISMO

La propagación transnacional de creencias influye en la adopción (y el grado) de preferencias por la democracia o por las dictaduras, así como de preferencias moderadas o radicales de política pública por parte de los actores nacionales. Nuestra investigación ha mostrado que las preferencias normativas y el radicalismo de las élites políticas constituyen los principales factores capaces de explicar la emergencia de las democracias y su supervivencia (Mainwaring y Pérez Liñán 2020). Por esta razón, dedicamos esta sección a la propagación transnacional de creencias, dado que ha sido un aspecto fundamental de las influencias internacionales en los regímenes políticos de América Latina.

La propagación internacional de las preferencias de los actores suele ser un proceso descentralizado. Las preferencias de régimen y de política pública compartidas son comunes entre las fronteras y a lo largo de generaciones de activistas y líderes políticos inspirados en un espíritu político afín en un determinado contexto histórico.

En esta sección analizaremos tres ejemplos de difusión internacional de preferencias de régimen y de política pública en América Latina. El primero ilustra la influencia internacional de actores nacionales en un contexto moldeado por shocks exógenos. Desde el inicio de la Guerra Fría hasta alrededor de 1982, el anticomunismo conservador sostenía

que los intereses de seguridad nacional no siempre eran compatibles con la democracia en América Latina. La difusión del anticomunismo conservador llevó a los actores locales a devaluar la democracia. En segundo lugar, desde 1959 hasta su declive en la década de 1970 en algunos países y más tarde en otros, la izquierda revolucionaria en América Latina consideraba que la revolución era posible y deseable, y que la democracia liberal era una farsa. La difusión de las ideas de la izquierda revolucionaria condujo a algunos actores de izquierda a denostar la democracia. En tercer lugar, a partir de mediados de la década de 1970, se multiplicaron las voces en los Estados Unidos y en América Latina que expresaban que la democracia y los derechos humanos eran valores intrínsecos que debían respetarse y promoverse. A finales de la década de 1970, estos grupos crearon una red internacional de derechos humanos. Para principios de la década de 1990, las creencias en favor de la democracia propiciaron nuevas normas legales para protegerla. La propagación de los ideales de la democracia y los derechos humanos motivó a los actores en América Latina a desarrollar una preferencia normativa por la democracia y a tornarse más moderados dentro del espectro de preferencias de política pública.

En los siguientes ejemplos emprenderemos cuatro tareas centrales para entender este problema teórico. En primer lugar, identificamos a los actores internacionales que ayudaron a propagar actitudes hacia la democracia y la dictadura a través de las fronteras nacionales, dado que el proceso de difusión de ideas suele involucrar a personas que transportan ideas. En segundo lugar, señalamos los canales a través de los cuales estos actores internacionales influyeron en las actitudes hacia la democracia y la dictadura de los actores en América Latina. En tercer lugar, señalamos las nuevas prácticas, normas y organizaciones formales que resultaron de los cambios de creencias de los actores sobre la democracia, los derechos humanos y la dictadura. Por último, analizamos la manera en que estas actitudes hacia la dictadura, la democracia y la radicalización afectaron a los regímenes políticos en la región.

III. LA DIFUSIÓN TRANSNACIONAL DEL ANTICOMUNISMO CONSERVADOR

El caso del anticomunismo conservador es un ejemplo de la forma en la que los factores exógenos pueden acelerar la propagación de ciertas creencias entre los actores nacionales dentro de una región. Asimismo, ilustra cómo los actores fuertes fomentan la propagación entre pares.

Desde finales de la década de 1940 hasta el final de la Guerra Fría, pero con mayor intensidad entre 1954 y alrededor de 1977, y entre 1981 y 1985, la mayor parte de la élite política, las fuerzas armadas y los medios de comunicación de Estados Unidos adoptó y “exportó” la idea de que el comunismo representaba una amenaza real y grave para el hemisferio occidental. Esta idea fue apropiada por las élites latinoamericanas que temían la movilización política reformista y de izquierda, por los católicos tradicionales que temían las acciones que los gobiernos revolucionarios pudieran emprender contra la Iglesia, por la clase media emergente que cada vez más adoptaba patrones de consumo estadounidenses y sentía temor ante las medidas redistributivas radicales, y por los oficiales militares “modernos” que se consideraban los garantes de la seguridad e integridad nacionales. Aunque estos grupos perseguían metas distintas, tenían visiones del mundo distintas y capacidades desiguales de influencia en cada país, convergían en la idea de que el comunismo era un gran mal y el principal enemigo que enfrentaba la civilización occidental. La difusión del anticomunismo hizo que muchos actores en América Latina rechazaran una preferencia normativa por la democracia. Los anticomunistas conservadores daban prioridad a la “seguridad nacional” respecto de la democracia y temían que los gobiernos de centroizquierda democrática despejaran el camino al comunismo.

El problema de contener la influencia soviética en América Latina comenzó a preocupar a los responsables de políticas públicas estadounidenses poco después del término de la segunda Guerra Mundial.

Los liberales de la Guerra Fría —para usar el término de Schwartzberg (2003)— creían que las democracias reformistas en América Latina eran el mejor antídoto para el comunismo y sostenían que los Estados Unidos debían apoyar la democracia en esta región y abstenerse de respaldar gobiernos represivos (Schwartzberg, 2003, pp. 45-90). El presidente Kennedy adoptó esta filosofía, en especial en sus dos primeros años de gobierno (1961-1962), para lo que creó la Alianza para el Progreso. En cambio, los conservadores de la Guerra Fría dudaban de que la democracia funcionara en la mayoría de América Latina y afirmaban que allá la lucha contra el comunismo era más prioritaria que el fomento de la democracia. Así, consideraban que los Estados Unidos debían apoyar a los gobiernos latinoamericanos amigos, sin importar el tipo de régimen que tuvieran. La mayor parte de las fuerzas armadas estadounidense adhirió a esta última versión del anticomunismo y la exportó, al igual que la mayoría de los responsables de la política exterior durante las presidencias de Eisenhower (excepto en 1959-1960), Johnson (1963-1969), Nixon (1969-1974) y Ford (1974-1977), y durante el primer periodo de Reagan (1981-1985).

Los conservadores de la Guerra Fría consideraban que los gobiernos democráticos de centroizquierda en América Latina eran vulnerables a la influencia comunista y que a la larga podrían terminar por abrirle la puerta al comunismo. De acuerdo con esta opinión, percibieron como amenazas a la mayor parte de los gobiernos democráticos de centroizquierda. La propagación de esta creencia tuvo consecuencias perjudiciales para la democracia en América Latina. Un ejemplo paradigmático fue el gobierno semidemocrático guatemalteco de Jacobo Arbenz (1951-1954), quien resultó electo en elecciones razonablemente libres e imparciales en noviembre de 1950. Motivados por un temor exagerado a la influencia comunista sobre el gobierno de Arbenz, los Estados Unidos ayudaron a derrocarlo. En 1954, una invasión militar liderada por expatriados y organizada y financiada por la CIA, terminó con el experimento democrático guatemalteco.

Cuando comenzó a revelarse la naturaleza revolucionaria del régimen cubano, a principios de la década de 1960, oficiales estadounidenses y muchas élites latinoamericanas adoptaron la idea de que el comunismo internacional constituía una amenaza grave para la región (Child, 1980, pp. 143 y ss.; T. Wright, 1991, pp. 61-72). Por el triunfo de Castro, el temor de que los comunistas avanzaran tenía cierta justificación empírica. El entusiasmo de Cuba por apoyar las luchas revolucionarias en otras partes de América Latina y África y la peligrosa situación que se generó en 1962 por la crisis de los misiles de Cuba, reforzó las preocupaciones entre los responsables de las políticas públicas estadounidenses y sus aliados conservadores (así como muchos moderados) en América Latina. Sus temores se agravaron por las luchas guerrilleras que estallaron en la mayoría de los países de la región en las décadas de 1960 y 1970.

Tras la Revolución cubana, los conservadores y los liberales de la Guerra Fría coincidieron en la elaboración de una nueva concepción de las amenazas en el hemisferio occidental. Las fuerzas armadas de Estados Unidos crearon nuevos programas y organizaciones para intensificar su contacto con sus pares latinoamericanos (Child, 1980) y a través de ellos capacitaron a las tropas latinoamericanas en tácticas de contrainsurgencia y en desarrollo institucional (Schoultz, 1981, pp. 219-221, 227-247). Así, las fuerzas armadas estadounidenses fueron el principal vehículo de propagación de un anticomunismo nuevo y más vigoroso entre las fuerzas armadas latinoamericanas.

En algunos países de la región, los oficiales estadounidenses contribuyeron a estructurar los planes de estudio y el entrenamiento de los oficiales latinoamericanos. Por ejemplo, una misión estadounidense asesoró a las fuerzas armadas brasileñas para la creación de la Escola Superior de Guerra (ESG) en 1948-1949 (Stepan, 1971, p. 175) y asesoró a la ESG entre 1948 y 1960. Los oficiales brasileños que se capacitaron en la ESG desempeñaron un papel prominente en el

replanteamiento de las funciones de las fuerzas armadas brasileñas de manera que legitimaron un régimen militar de larga duración. Entre los líderes del golpe de Estado perpetrado en 1964 y entre los más altos funcionarios de los gobiernos militares de 1964 a 1985 se contaban varios graduados de la ESG (Stepan, 1971).

En la década de 1960, los Estados Unidos expandieron sus misiones residentes en América Latina, al tiempo que las fuerzas armadas de este país también recibieron oficiales militares latinoamericanos en sus programas de entrenamiento (Barber y Ronning, 1966, pp. 141-178). De acuerdo con T. Wright (1991, pp. 68-69),

"...los oficiales latinoamericanos recibían entrenamiento regular y de contrainsurgencia [de las fuerzas armadas estadounidenses] en la Zona del Canal de Panamá y en más de 100 instituciones en los Estados Unidos. [...] En la década de 1960, más de 20 000 oficiales latinoamericanos se sometieron a entrenamientos solo en Panamá. [...] El Colegio Interamericano de Defensa, fundado en 1962 en Fort McNair, Washington, D.C., organizó cursos anuales de diez meses de duración sobre las problemáticas sociales, económicas y políticas del continente americano, así como sobre asuntos militares para entre 40 y 60 oficiales con rango de coronel o superior".

A principios de la década de 1960, los jefes de los ejércitos, las marinas y las fuerzas aéreas latinoamericanas comenzaron a reunirse cada año o cada dos años con sus pares estadounidenses (Child, 1980, pp. 161-162), además de mantener contactos de alto nivel con sus pares latinoamericanos. Estos contactos representaban oportunidades para la propagación de las creencias sobre la contrainsurgencia, el comunismo y las funciones militares. El anticomunismo conservador contribuyó a engendrar las doctrinas de la seguridad nacional con las que se justificaban la tortura y los regímenes autoritarios en América Latina. Asimismo, la mentalidad de la seguridad nacional fue un factor importante

en el surgimiento del autoritarismo burocrático. La propagación regional de ideologías anticomunistas durante la Guerra Fría reforzó la disposición de los actores locales a apoyar a los gobiernos militares.

Si bien es tentador concluir que la propagación ocurrió de arriba hacia abajo, con la influencia hegemónica que ejercían los Estados Unidos en las élites latinoamericanas, esta conclusión es demasiado simplista. Los actores conservadores de América Latina ejercieron una autonomía considerable al adoptar un discurso anticomunista, y las fuerzas armadas y los gobiernos latinoamericanos no abrazaron ciegamente todas las doctrinas e iniciativas políticas que proponían los Estados Unidos. Por ejemplo, el gobierno mexicano resistió una expansión de la influencia e ideas militares estadounidenses, si bien en algunas oportunidades reprimió con dureza a la oposición de izquierda.

El ejército peruano aceptó la expansión de funciones que promovían las fuerzas armadas de Estados Unidos, pero adoptó una variante de izquierda durante el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado (1968-1975). Los ejemplos mexicano y peruano ilustran un punto crítico sobre la difusión de las creencias: aunque un actor clave (en este caso, las fuerzas armadas estadounidenses) sea el primer responsable de propagar estas creencias, los actores que se encuentran en una situación semejante (es decir, las fuerzas armadas) de otros países no responden a esas ideas exactamente de la misma manera.

IV. LA DIFUSIÓN TRANSNACIONAL DEL RADICALISMO REVOLUCIONARIO DE IZQUIERDA

La Revolución cubana tuvo importantes efectos de demostración y de difusión (los dos primeros mecanismos en la *gráfica 1*), ya que demostró la viabilidad de la revolución socialista en el hemisferio occidental e inspiró a mucha gente a trabajar por la revolución en sus países (un efecto de demostración). Además, los ideales revolucionarios de izquierda hostiles a la democracia liberal se propagaron a través de

las fronteras y ejercieron un impacto en actores de muchos países (propagación de preferencias normativas y de política pública).

Si bien el ideario revolucionario de izquierda tiene una larga historia en América Latina, su influencia fue limitada antes de la llegada de Fidel Castro al poder en Cuba en 1959. Antes de la Revolución cubana, la mayoría de los partidos comunistas de América Latina aceptaba la idea de que, en el corto plazo, las condiciones para un levantamiento revolucionario eran desfavorables. Estos partidos adoptaron el marxismo y defendían la revolución para el largo plazo, pero rechazaban el levantamiento revolucionario en el corto plazo, que consideraban desacertado³. Los comunistas adoptaron la estrategia de "frente popular" en Chile entre 1937 y 1946, se aliaron con Fulgencio Batista en Cuba entre 1938 y 1944, y se alinearon con Isaías Medina Angarita en Venezuela entre 1943 y 1945.

Con la llegada de la Revolución cubana, se incrementó la influencia de la izquierda marxista, y en su mayoría se radicalizó (T. Wright, 1991). Después de Cuba, una parte de la izquierda latinoamericana adoptó la convicción de que las condiciones en América Latina estaban dadas para el triunfo de la revolución en el corto plazo. Así, la izquierda adoptó una preferencia normativa por la dictadura socialista junto con preferencias de política pública más radicales: rápidamente, la revolución pasó a considerarse tanto viable como deseable, independientemente de las condiciones estructurales. En su libro de 1961, *La guerra de guerrillas*, el Che Guevara popularizó la idea de que pequeños grupos guerrilleros podían encender la revolución. El tema del libro del intelectual francés Régis Debray (1967) *¿Revolución en la revolución?* era semejante. Ambos libros realizaban una generalización a partir de una interpretación muy cuestionable de la experiencia cubana, idealizaban el socialismo revolucionario y lo presentaban como un objetivo asequible en el corto plazo.

³El apoyo del Partido Comunista al levantamiento de 1932 en El Salvador fue una excepción.

Mientras que las generaciones anteriores de marxistas latinoamericanos habían aceptado la noción de que en América Latina las condiciones estructurales eran desfavorables para la revolución, Guevara y Debray argumentaban que estas condiciones no eran un obstáculo insalvable. Estas ideas, propagadas por incontables escritores, artistas, profesores universitarios y líderes sociales de la época, inspiraron concepciones voluntaristas de la lucha revolucionaria. Entre 1960 y 1990, decenas de miles de personas, en su mayoría jóvenes, adoptaron esta concepción y se unieron a movimientos revolucionarios (Moyano, 1995, pp. 109-110).

En Chile, en la segunda mitad de la década de 1960, el Partido Socialista adoptó el leninismo (1966) y se desplazó a la extrema izquierda (Roberts, 1998). En 1967, el congreso del partido emitió una declaración que afirmaba que “la violencia revolucionaria es inevitable y legítima” (Walker, 1990, p. 146). Los izquierdistas jóvenes que rechazaban los confines de la “democracia burguesa”, se separaron y conformaron partidos de izquierda radical (el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, y el MAPU). En Uruguay, los izquierdistas radicales formaron en 1963 una nueva organización, los Tupamaros. Para finales de la década de 1960, con los ingresos obtenidos por la cantidad de personas que habían secuestrado lograron comprar armamento pesado y alarmar a la clase dirigente uruguaya.

En Argentina, los dos grupos guerrilleros de izquierda radical que adquirieron importancia como actores en la década de 1970, Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), se crearon en 1969. Si bien a diferencia de la mayoría de la izquierda revolucionaria, los orígenes de los Montoneros eran peronistas, no marxistas, adoptaron el marxismo revolucionario tras su fusión en 1973 con otro grupo radical argentino, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) (Gillespie, 1982). A partir de 1969, cuando la actividad guerrillera comenzó en

serio, hasta 1976, la izquierda revolucionaria tuvo un impacto importante en la política argentina. A partir de un trabajo de rastreo de notas periodísticas, Moyano (1995, p. 52) identificó un total de 4.402 ataques guerrilleros cometidos entre 1969 y 1979, cuando se aniquiló a la izquierda revolucionaria.

En Brasil, el Partido Comunista se escindió en 1962 y dio lugar al Partido Comunista Brasileño (PCB), más moderado y adherido a la línea soviética, y al Partido Comunista de Brasil (PCdoB), de tendencia más radical y maoísta (Vinhas, 1982). En el momento del cisma, el PCdoB acusó a la “mayoría revisionista de derecha” del Comité Ejecutivo del PCB de traicionar la causa comunista (Vinhas, 1982, p. 187). Tras el golpe militar de 1964, la izquierda se radicalizó aún más y a finales de la década de 1960, algunos grupos de extrema izquierda defecionaron de los partidos comunistas y emprendieron la lucha armada. En Brasil, el marxismo revolucionario estimuló a la dictadura militar a fines de los años sesenta y principios de los setenta a intensificar la represión.

Estos son apenas cuatro ejemplos de un fenómeno más amplio. En la década de 1960, en casi todos los países de la región emergió una izquierda revolucionaria y se expandió el modelo de la guerra revolucionaria de guerrillas por efectos de demostración y difusión transnacionales. En toda América Latina, la izquierda idealizó el triunfo de los revolucionarios cubanos en su acceso al poder y la creación de un nuevo régimen y una nueva sociedad. La activación de movimientos semejantes en múltiples lugares creó un sentimiento de solidaridad transnacional y de una misión histórica común.

Varios mecanismos contribuyeron a propagar los ideales revolucionarios de izquierda por toda la región. En primer lugar, muchos líderes de la izquierda revolucionaria acudieron a Cuba o a la Unión Soviética a capacitarse, donde interactuaron con líderes de la izquierda radical de otros países latinoamericanos. En segundo lugar, algunos sectores

de la izquierda revolucionaria recibían instrucciones de líderes soviéticos y cubanos y también interactuaban con ellos. Tercero, la izquierda revolucionaria de diversos países latinoamericanos interactuó en varios foros y viajó a varios países. Este fue el caso del Che Guevara, un ejemplo icónico. Argentino de nacimiento, combatió con Fidel en Cuba, luchó en el Congo y al final pereció en las luchas guerrilleras en Bolivia. En cuarto lugar, los intelectuales de izquierda publicaron obras que propagaban ideas a través de las fronteras nacionales. Aunque no todos estos libros defendían la revolución socialista, atrajeron a decenas de miles estudiantes universitarios a la visión de izquierda, en especial a sociólogos, antropólogos, filósofos e historiadores. En esos años, a menudo no había demasiada distancia entre una visión de izquierda y la simpatía con la izquierda revolucionaria.

La Revolución cubana afectó profundamente la política de izquierda en casi toda América Latina. En gran parte de la región, el ascenso de la izquierda revolucionaria tuvo consecuencias dramáticas para los regímenes políticos. La radicalización de la izquierda desencadenó reacciones estratégicas de otros actores en el espectro político; la radicalización erosiona los compromisos normativos con la democracia y permite que los regímenes competitivos sean más vulnerables a las rupturas. En Argentina la izquierda revolucionaria ayudó a vencer a los gobiernos militares de 1966-1973 y a restaurar la democracia en 1973. Sin embargo, su adopción de la violencia también fomentó el fortalecimiento de una derecha reaccionaria y militarizada durante el segundo periodo peronista (1973-1976). Si la izquierda revolucionaria hubiese sido un actor débil, quizá el golpe militar de 1976 no habría tenido lugar. También en Chile y en Uruguay, la creciente fuerza y radicalización de la izquierda a finales de los años sesenta y principios de los setenta generó reacciones de la derecha, lo que provocó sendas rupturas democráticas en 1973. La radicalización de izquierda fue crítica en el derrocamiento, en 1973, de los regímenes democráticos de larga duración que tenían ambos países.

La izquierda radical bloqueó las oportunidades para resolver los conflictos dentro del espacio de la democracia y empujó al gobierno de Allende hacia la izquierda. Tanto la derecha como gran parte del centro ya para 1972, experimentaban una profunda preocupación por las intenciones y las acciones del gobierno de Allende. La izquierda revolucionaria intensificó los temores de la derecha y del centro.

A pesar de que la izquierda nunca fue un contendiente serio para acceder al poder en la mayoría de los países de la región, las élites privilegiadas, los católicos conservadores, grandes sectores de la clase media, las fuerzas armadas y los Estados Unidos la consideraban una amenaza. En la mayoría de los países latinoamericanos, la derecha era autoritaria aun antes de que los jóvenes revolucionarios entraran en escena, pero la extrema izquierda incitó a la derecha a adoptar posturas aún más agresivas. En las décadas de 1960 y 1970, los actores conservadores temían, con cierta razón, que el cambio revolucionario acabaría con ellos, por lo que reaccionaron con intransigencia y apoyaron a los gobiernos autoritarios. A su vez, el autoritarismo de derecha llevó a las fuerzas de izquierda a concluir que el cambio a través canales democráticos era imposible.

V. LA DIFUSIÓN TRANSNACIONAL DE UNA NORMA DE DEMOCRACIA Y DERECHOS HUMANOS

Un tercer ejemplo de propagación fue el valor mayor que se les asignó a los ideales de la democracia y los derechos humanos en América Latina. Esta transformación ideacional comenzó a finales de la década de 1970, en especial a la izquierda del espectro político. La amplia propagación de actitudes y normas prodemocráticas elevó el costo de los golpes de Estado y la tolerancia de muchos actores hacia los regímenes competitivos, a pesar del desempeño económico y social deficiente en la mayor parte de América Latina. La propagación internacional de creencias y normas prodemocráticas también inspiró

a los activistas a luchar por la democracia donde no existía (Keck y Sikkink, 1998; Sikkink, 2004).

Las actitudes normativas sobre la democracia variaron significativamente en muchos países en un periodo relativamente breve. Este rápido viraje es congruente con el modelo de difusión de la [gráfica 1](#), y no se corresponde con los enfoques que destacan la larga tradición católica ibérica establecida en América Latina, considerada como inherentemente antidemocrática (p. ej., Wiarda, 2001), o con aquellos que se centran en los valores de masas arraigados (p. ej., Inglehart, 1990, 1997). El primer planteamiento es demasiado estático y demasiado homogéneo para la región en su conjunto, e ignora las transformaciones importantes que tuvieron lugar al interior de la Iglesia católica. Si la tradición ibérica fuese intrínsecamente adversa a la democracia, sería difícil explicar la desaparición del autoritarismo a finales de la década de 1970 y la de 1980, así como la persistencia de regímenes competitivos en los decenios posteriores.

El mayor cambio en las actitudes hacia la democracia en América Latina provino de la izquierda. Como se explicó en la sección anterior, las prácticas y preferencias de régimen de la izquierda revolucionaria tradicional eran autoritarias (Gillespie, 1982; Ollier, 2009; Roberts, 1998; Walker, 1990). Sin embargo, para mediados de la década de 1980, la mayoría de la izquierda revolucionaria en Brasil y el Cono Sur había reevaluado y rechazado sus convicciones y prácticas políticas previas (Castañeda, 1993; Ollier, 2009). Los intelectuales y los líderes políticos adoptaron preferencias de régimen democráticas y preferencias de política pública más moderadas. Este proceso de transformación ideacional ocurrió más tarde en Perú, El Salvador, Guatemala y Nicaragua.

Históricamente, los intelectuales han ejercido una mayor influencia política en América Latina que en los Estados Unidos, un fenómeno

que se mantiene hasta la fecha. En las décadas de 1960 y 1970, los intelectuales latinoamericanos con más influencia política eran de izquierda, hostiles al capitalismo y ambivalentes (o peor) respecto de la democracia liberal. Era la época de apogeo de la teoría de la dependencia, y la mayoría de los intelectuales consideraba que el cambio social radical era más urgente que la democracia liberal. Asimismo, muchos dudaban que fuese posible la democracia “burguesa” bajo condiciones de desarrollo dependiente.

En cambio, en la tercera oleada, los intelectuales progresistas se convencieron de la importancia de la democracia. Los grupos de izquierda en un país vieron lo inútil de los esfuerzos realizados en los países vecinos por alcanzar el poder mediante las luchas revolucionarias. Los intelectuales se reunían en conferencias internacionales e intercambiaban ideas y los partidos que eran miembros de la Internacional Socialista observaban que en Europa occidental y América Latina tenían lugar transformaciones paralelas (Walker, 1990). Estos cambios se dieron como parte de una tendencia internacional: también los intelectuales europeos cuestionaban cada vez más a la izquierda autoritaria, renunciaban al marxismo radical y aceptaban la democracia liberal.

En 1980, dos intelectuales importantes y antiguos miembros del Partido Comunista Brasileño publicaron obras que defendían el valor normativo de la democracia liberal. El libro de Carlos Nelson Coutinho, titulado *A democracia como valor universal* llamaba a realizar una reevaluación positiva del valor intrínseco de la democracia. En *A democracia e os comunistas no Brasil*, Leandro Konder argumentaba que los comunistas brasileños debían luchar por la democracia. Luego, Bolívar Lamounier (1981) sostenía que los intelectuales brasileños habían menospreciado la importancia de las instituciones formales de la democracia liberal. Lamounier era un demócrata social que a todas luces se identificaba con la oposición al régimen militar. En 1984, el libro de Francisco Weffort, titulado *Por que democracia?*, captó el espíritu

de la reevaluación de la democracia. Weffort, que en esa época era secretario general del Partido de los Trabajadores (PT), afirmaba que la democracia es un valor intrínseco (pp. 51-62) y que permitiría el cambio social progresista.

La transformación de la izquierda no se limitó a los intelectuales, sino que se extendió a los partidos de peso electoral. Así, el Partido Socialista chileno, que durante los años sesenta y setenta había estado comprometido con los ideales leninistas y favorecía retóricamente la insurgencia revolucionaria, en la década de 1980 devino un defensor incondicional de la democracia liberal (Walker, 1990). Mientras que en 1972 el Comité Central del Partido Socialista había criticado al gobierno de Salvador Allende por respetar “los mecanismos burgueses que son justamente los que nos impiden realizar los cambios que necesitamos”, y exigía la dictadura del proletariado (Walker, 1990, p. 159), para 1982, apenas un decenio después, la facción del partido que había denunciado con más vigor las instituciones burguesas ahora rechazaba explícitamente el “socialismo real”, por no haber logrado “crear los mecanismos de gestión democrática del poder capaces de resolver los conflictos que surgen en una sociedad moderna” (Walker, 1990, p. 188; véase también Roberts, 1998). Antes de la ruptura de 1973, el Frente Amplio en Uruguay estaba dominado por una izquierda revolucionaria que desdeñaba la democracia liberal. Para principios de la década de 1990, la mayoría de los líderes del partido aceptaba por completo la democracia. Su ejercicio del poder a partir de 2005 confirmó esta profunda transformación.

Factores tanto locales como internacionales contribuyeron a esta amplia transformación ideacional de la izquierda. En primer lugar, las experiencias traumáticas (como la represión de las dictaduras militares y el exilio) condujeron a los actores de izquierda a repensar sus opiniones, simultáneamente y en múltiples países. El destino trágico de la izquierda en las dictaduras que gobernaron en Argentina (1976-1983),

Bolivia (1971-1978), Brasil (1964-1985), Chile (1973-1990), Paraguay (1954-1989) y Uruguay (1973-1985) resultó en la desaparición física de importantes líderes de izquierda y, a la larga, inspiró una revaloración de la democracia y de los derechos humanos en muchos países de América Latina (Roberts, 1998). La derrota y la destrucción inspiraron una reevaluación de las metas y los métodos, y la izquierda se percató de que sus acciones no lograron producir cambios políticos positivos y que tuvieron un gran costo personal (Ollier, 2009).

Las redes políticas e intelectuales internacionales facilitaron el intercambio de ideas nuevas entre esos actores, y las instituciones transnacionales (como las organizaciones de derechos humanos, la Iglesia católica y la Internacional Socialista) permitieron la expansión y consolidación de esas nuevas ideas. La experiencia del exilio también fomentó las reflexiones críticas. Los activistas e intelectuales exiliados en el bloque soviético a menudo se desilusionaron con lo que vivieron, mientras que quienes se exiliaron en países socialdemócratas de Europa occidental disfrutaron libertades, altos niveles de vida y debates robustos sobre la democracia social. Esta experiencia positiva ayudó a estimular una revisión del valor de la democracia.

La caída del Muro de Berlín en 1989 y el colapso de la Unión Soviética en 1991 también afectaron a la izquierda en América Latina. El socialismo real ya no parecía un modelo deseable. Con la bancarrota moral de la Unión Soviética, la crisis económica de Cuba en la década de 1990, el giro de China a los mercados y el repudio de la Revolución Cultural de 1966-1976, así como la masacre de la Plaza Tiananmen en 1989, la mayoría de la izquierda quedó sin modelos comunistas dignos de emular.

Conforme reflexionaban sobre esas experiencias, los expertos y líderes políticos de la izquierda intercambiaban ideas mediante conferencias y libros. Primero en Europa a finales de la década de 1960, luego en América Latina en la de 1970, surgió una nueva "izquierda", una iz-

quierda prodemocrática que participaba en los movimientos sociales comprometidos con los derechos humanos, los problemas medioambientales y los problemas de la mujer. El intercambio académico de ideas entre países fue en especial importante para los países latinoamericanos con comunidades académicamente más fuertes e internacionalizadas. Al mismo tiempo, actores transnacionales como el movimiento de derechos humanos y la Iglesia católica contribuyeron a consolidar una nueva visión del mundo.

A partir de la elección de Hugo Chávez en 1998, surgió en América Latina una nueva izquierda, más crítica de la democracia representativa. Entre los personajes políticos de esta nueva izquierda se destacaron Evo Morales, presidente de Bolivia entre 2006 y 2019; Rafael Correa, presidente de Ecuador entre 2007 y 2017; y Daniel Ortega, presidente de Nicaragua desde 2007 (y también de 1979 a 1990)⁴.

Si bien hasta este punto el análisis se ha centrado en el cambio de las actitudes de la izquierda, el cambio de las actitudes normativas sobre la democracia y la dictadura de la derecha también fue importante. Históricamente, la derecha fue el mayor obstáculo para la democracia en la mayoría de los países latinoamericanos. En gran parte de la región, las élites tradicionales mantuvieron un poder casi irrestricto hasta algún momento (según el país) del siglo xx, y se negaron a aceptar la democracia cuando ello podía amenazar sus preferencias políticas. Cuando la izquierda revolucionaria cobró más importancia después de la Revolución cubana, la derecha estuvo más dispuesta a socavar la democracia (allí donde existía) para proteger sus intereses, y menos dispuesta a considerar la democracia donde no la había. Las élites políticas conservadoras con frecuencia conspiraron contra la democracia en Brasil entre 1946 y 1964 (Benevides, 1981) y en Argentina entre 1930 y 1976 (Gibson, 1996).

⁴*Esta izquierda radical es otro ejemplo de la difusión de ideas semejantes sobre la democracia y de preferencias de política pública semejantes. No es casual que estos líderes surgieran con tal cercanía histórica.*

Conforme se desvanecía el fantasma del comunismo, la mayor parte de la derecha se mostró dispuesta a tolerar las reglas democráticas, mientras que el resto se mostró menos dispuesto a apoyar los golpes de Estado. El viraje de la izquierda hacia una dirección más democrática estimuló una trayectoria semejante de la derecha. Una de las transformaciones más drásticas fue la que experimentó ARENA, el partido derechista en El Salvador. Del mismo modo, la derecha argentina, que apoyó la perpetración de golpes de Estado en 1930, 1962, 1966 y 1976, se condujo mediante reglas democráticas incluso cuando enfrentó resultados de política pública desastrosos en 1989-1990 y 2001-2002. Si bien las agrupaciones empresariales no han estado a la vanguardia de la democratización, en la mayoría de los países han podido convivir en paz con ella. La derecha no suscribe universalmente la democracia, pero el solo hecho de que hoy sea aceptada por la mayoría de este sector señala un cambio histórico.

Así, conforme los actores ajustaban su conducta estratégicamente, los cambios de actitudes hacia la democracia en América Latina se continuaron propagando al *interior de los países*. El cambio de actitudes de un actor fomentó el cambio en otros. Por ejemplo, la conversión de grupos de izquierda a la política democrática redujo los temores de los actores derechistas de que la democracia los destruiría. Del mismo modo, la creciente disposición de los grupos y gobiernos derechistas de conducirse mediante la política electoral fue una señal para la izquierda de que la democracia podría dar lugar a un cambio positivo. Allí donde este proceso de mutua confirmación se vio interrumpido (como en el caso de la Unión Patriótica en Colombia entre 1985 y 1992), las transformaciones ideacionales no se produjeron plenamente⁵.

⁵La Unión Patriótica fue un partido de izquierda formado por el Partido Comunista colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC) luego de que el gobierno firmara un cese al fuego en 1984. Muchos de sus miembros fueron asesinados.

VI. CONCLUSIÓN

A partir de la obra seminal de Whitehead (1986), muchos analistas sociales han destacado a los actores e influencias internacionales en los estudios de democratización. Sin embargo, no se han estudiado a cabalidad los mecanismos de influencia, por lo que gran parte de las causas de estos efectos regionales permanece sin respuesta. Si bien el factor más obvio para el hemisferio occidental sería la política de Estados Unidos, esta respuesta resulta insuficiente.

Los actores internacionales afectan los regímenes políticos a través de seis mecanismos: (1) la difusión transnacional de creencias altera las preferencias normativas o la moderación en las preferencias de política pública de los actores locales; (2) los sucesos muy visibles que ocurren en un país inspiran a los actores a movilizarse en otro país, por lo general en contra del régimen vigente; (3) los recursos y las sanciones externos inducen a algunos actores a cambiar de coalición de régimen; (4) los actores externos proporcionan recursos que fortalecen a los actores nacionales pertenecientes a una de las coaliciones de régimen; (5) un actor transnacional que al mismo tiempo es un actor local forma parte de coaliciones de régimen; y (6) una intervención militar directa produce un cambio de régimen (o lo impide).

Si estos seis mecanismos son variables que cambian con el paso del tiempo, cinco de ellos cambiaron en una dirección favorable a la estabilización de los regímenes competitivos en América Latina a partir de 1977. En primer lugar, la propagación de una valoración normativa de la democracia y de un abandono de las preferencias de política pública radicales en las décadas de 1980 y 1990 facilitaron la aparición y la sostenibilidad de los regímenes competitivos. El cambio internacional de creencias sobre la deseabilidad de la democracia que tuvo lugar a partir de 1977 promovió un entorno más seguro para la política competitiva y un ambiente menos amistoso para los dictadores. La transformación de las preferencias de régimen y de

política pública aumentó la estabilidad de los regímenes competitivos allí donde existían y la probabilidad de que ocurrieran transiciones donde los regímenes eran autoritarios. Y, una vez en marcha, el éxito de las transiciones democráticas reforzó la creencia entre los actores locales de países vecinos de que acabar con los autoritarismos era posible.

Lo que resulta menos claro es si a partir de 1977 el impacto neto de los efectos de demostración variaron en una dirección favorable a la estabilización de la democracia. En la época anterior, las revoluciones cubana y nicaragüense habían demostrado tanto a la izquierda como a la derecha que la revolución era posible y, así, catalizaron la polarización y las acciones de ambos bandos. En cambio, resulta más difícil identificar efectos de demostración de peso durante la tercera oleada, a excepción del ascenso al poder de Hugo Chávez, que reafirmó la percepción de que es posible desafiar las políticas económicas orientadas al mercado y hallar rutas graduales para consolidar regímenes autoritarios competitivos y plebiscitarios. Los efectos de demostración no tuvieron en América Latina el drástico impacto que sí tuvieron en Europa occidental en 1848, en la región soviética en 1989-1991 y durante la primavera árabe de 2011-2012 (Weyland, 2014).

En tercer lugar, a partir de 1990, los Estados Unidos, la OEA y otras organizaciones intrarregionales como el Mercosur convencieron a algunos actores de unirse a las coaliciones prodemocráticas y a otros de abstenerse de participar en coaliciones golpistas. Estos actores internacionales idearon medios más eficaces para recompensar a los regímenes competitivos y castigar abiertamente a los autoritarios. Como resultado, los actores locales en América Latina que, de otro modo, tal vez habrían prestado oído a las dictaduras, se convencieron de que sería más probable materializar sus preferencias de política pública a través de un régimen competitivo que con una dictadura. Estos incentivos internacionales para respaldar la democracia y reducir la probabilidad de regresiones autoritarias incrementó

los beneficios de política pública de algunos actores locales en regímenes competitivos. De este modo, reforzaron la estabilidad de los regímenes competitivos.

En cuarto lugar, de 1953 a 1977, los Estados Unidos nunca se opusieron a los golpes de Estado y a menudo los apoyaron activamente, en contra de los gobiernos democráticos de izquierda. Este comportamiento envalentonó a dictadores potenciales y fortaleció a los dictadores que ya estaban en el poder. En cambio, a partir de 1977, a excepción de la primera presidencia de Ronald Reagan (1981-1985), los Estados Unidos a menudo fortalecieron a los actores prodemocráticos y pocas veces alentaron a los actores golpistas⁶. Esta postura se correspondió con una creciente cooperación internacional con actores democráticos: la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional expandió la asistencia a la democracia en América Latina y el Caribe de 93 millones de dólares en 1990 (el primer año para el que existen datos sistemáticos), a 157 millones en 2005 (en dólares constantes del año 2000; Azpuru *et al.*, 2008, p. 56).

En quinto lugar, algunos actores internacionales que al mismo tiempo son también actores locales devinieron prodemocráticos. La Iglesia católica y las redes internacionales de derechos humanos evolucionaron de manera mucho más favorable para la democracia. Así, la Iglesia católica adoptó una postura más favorable a la democracia en las décadas de 1970 y 1980 de la que había tenido, aunque con importantes diferencias según el país. Si bien habían existido grupos de derechos humanos antes de los años setenta, entre mediados y fines de esta década se creó una red de derechos humanos.

⁶La excepción más notable fue Venezuela en 2002, donde, inicialmente, los Estados Unidos apoyaron el golpe de Estado que pretendió derrocar a Hugo Chávez.

Por último, se redujo la frecuencia de las intervenciones militares de Estados Unidos, que pasaron de ser casi siempre perjudiciales para la democracia antes de 1977, a ser más favorables para ella durante la tercera oleada. Antes de 1978, varias intervenciones militares estadounidenses habían dado fin a regímenes competitivos o habían logrado impedir su existencia, y muy pocas tuvieron intenciones o efectos democratizadores. A partir de 1978, las únicas dos intervenciones militares estadounidenses en América Latina —la invasión de Panamá en 1989 y de Haití en 1994— dieron por resultado la caída de dictadores y la instauración de regímenes competitivos.

Estos cambios favorables en el entorno regional aceleraron la veloz transformación democrática de América Latina a partir de 1977. Sin embargo, estas transformaciones no fueron causa suficiente de esta transformación. La difusión internacional influye en las preferencias normativas de régimen y en las orientaciones de política pública de los actores locales, pero no las sustituye. Los efectos de las fuerzas internacionales pueden frustrarse o agravarse en función de los actores locales. Los instrumentos directos que despliegan los actores internacionales a menudo impiden las rupturas más flagrantes de regímenes competitivos, pero no son capaces de impedir las formas más sutiles de erosión democrática. ■

BIBLIOGRAFÍA

Ameringer, C. D. (1996). *The Caribbean Legion: Patriots, Politicians, Soldiers of Fortune, 1946-1950.* University Park: Pennsylvania State University Press.

———. (2000). *The Cuban Democratic Experience: The Auténtico Years, 1944-1952.* Gainesville: University Press of Florida.

Azpuru, D., Finkel, S. E., Pérez-Liñán, A. y Seligson, M. A. (2008). *What Has the United States Been Doing?* *Journal of Democracy* 19(2), 150-159.

Barber, W.F., y Ronning, W. N. (1966). *Internal Security and Military Power: Counterinsurgency and Civic Action in Latin America.* Columbus: Ohio State University Press.

Beissinger, M. R. (2007). *Structure and Example in Modular Political Phenomena: The Diffusion of Bulldozer/Rose/Orange/Tulip Revolutions.* *Perspectives on Politics*, 5(2), 259-276.

Benevides, M. V. de M. (1981). *A UDN e o Udenismo: Ambigüidades do Liberalismo Brasileiro (1945-1965).* Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Bosoer, F. (2011). *Braden o Perón. La historia oculta.* Buenos Aires: El Ateneo.

Brinks, D. y Coppedge, M. (2006). *Diffusion Is No Illusion: Neighbor Emulation in the Third Wave of Democracy.* *Comparative Political Studies*, 39(4), 463-489.

Brown, A. (2000). *Transnational Influences in the Transition from Communism.* *Post-Soviet Affairs*, 16(2), 177-200.

Bunce, V., y Wolchik, S. (2011). *Defeating Authoritarian Leaders in Postcommunist Countries.* Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.

Castañeda, J. G. (1993) *Utopia Unarmed: The Latin American Left After the Cold War*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

Child, J. (1980). *Unequal Alliance: The InterAmerican Military System, 1938-1978*. Boulder, Colorado: Westview.

Coutinho, C. N. (1980). *A Democracia como Valor Universal*. São Paulo: Livraria Editora Ciências Humanas.

Debray, R. (1967). *Revolution in the Revolution? Armed Struggle and Political Struggle in Latin America*. Nueva York: Grove Press.

Farer, T. (Ed.) (1996). *Beyond Sovereignty: Collectively Defending Democracy in the Americas*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Finkel, S., Pérez-Liñán, A. y Seligson, M. A. (2007). *Effects of U.S. Foreign Assistance on Democracy Building, 1990-2003*. *World Politics*, 59(3), 404-439.

Gibson, E. L. (1996). *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Gillespie, R. (1982). *Soldiers of Perón: Argentina's Montoneros*. Oxford: Clarendon Press.

Gleditsch, K. S. (2002). *All International Politics Is Local: The Diffusion of Conflict, Integration, and Democratization*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Gleditsch, K. S., y Ward, M. D. (2006). *Diffusion and the International Context of Democratization*. *International Organization*, 60(4), 911-933.

Guadagni, A. A. (2007). *Braden o Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.

Guevara, E. (Che). (1961).

On Guerrilla Warfare. Nueva York. Frederick A. Praeger.

Huntington, S. P. (1991). *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century.* Norman: University of Oklahoma Press.

Inglehart, R. (1990). *Culture Shift in Advanced Industrial Society.* Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

— (1997). *Modernization and Postmodernization: Cultural, Economic, and Political Change in 43 Societies.* Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

Keck, M. E., y Sikkink, K. (1998). *Activists beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics.* Ítaca, Nueva York: Cornell University Press.

Konder, L. (1980). *A Democracia e os Comunistas no Brasil.* Río de Janeiro: Graal.

Kuran, T. (1991). *Now Out of Never: The Element of Surprise in the East European Revolution of 1989.* *World Politics*, 44(1), 7-48.

Lamounier, B. (1981). *Representação Política: A Importância de Certos Formalismos*, en B. Lamounier, F. C. Weffort y M. V. Benevides (Eds.). *Direito, Cidadania e Participação* (pp. 230-257). San Pablo: T.A. Queiroz Editor.

Levitsky, S., y Way, L. (2010). *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes After the Cold War.* Cambridge: Cambridge University Press.

Lohmann, S. (1994). *The Dynamics of Information Cascades: The Monday Demonstrations in Leipzig, East Germany, 1989-91.* *World Politics*, 47(1), 42-101.

Lowenthal, A.F. (1991). *The United States and Latin American Democracy: Learning from History*, en A.F. Lowenthal (Ed.). *Exporting Democracy: The United States and Latin America, Themes and Issues* (pp. 243-265). Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Mainwaring, S, y Pérez-Liñán, A. (2020). *Democracias y dictaduras en América Latina: Surgimiento, supervivencia y caída*. México: Fondo de Cultura Económica.

Moyano, M. J. (1995). *Argentina's Lost Patrol: Armed Struggle, 1969-1979*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.

O'Laughlin, J., Ward, M., Lofdahl, C., Cohen, O., Brown, D., Reilly, D., Gleditsch, K. y Sin, M. *The Diffusion of Democracy, 1946-1994*. *Annals of the Association of American Geographers*, 88(4), 545-574.

Ollier, M. M. (2009). *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI/Universidad Nacional de San Martín.

Pevehouse, J. C., (2002a) *With a Little Help from My Friends? Regional Organizations and the Consolidation of Democracy*. *American Journal of Political Science*, 46(3), 611-626.

———. (2002b). *Democracy from the Outside-In? International Organizations and Democratization*. *International Organization*, 56(3), 515-549.

———. (2005). *Democracy from Above? Regional Organizations and Democratization*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pridham, G. (Ed.). (1991). *Encouraging Democracy: The International Context of Regime Transition in Southern Europe*. Nueva York: St. Martin's.

———. (1997). *Building Democracy? The International Dimension of Democratization in Eastern Europe*. Nueva York: Leicester University Press.

Roberts, K. (1998). *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru.* Stanford, California: Stanford University Press.

Schoultz, L. (1981). *Human Rights and United States Policy toward Latin America.* Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

Schwartzberg, S. (2003). *Democracy and US Policy in Latin America during the Truman Years.* Gainesville: University of Florida Press.

Sikkink, K. (2004). *Mixed Signals: U.S. Human Rights Policy and Latin America.* Ítaca, Nueva York: Cornell University Press.

Starr, H. (1991). *Democratic Dominoes: Diffusion Approaches to the Spread of Democracy in the International System.* *Journal of Conflict Resolution*, 35(2), 356-381.

Stepan, A. (1971). *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil.* Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

——. (1986). *Paths toward Redemocratization: Theoretical and Comparative Considerations*, en G. O'Donnell, P. C. Schmitter y L. Whitehead (Eds.). *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy* (parte 3, pp. 64-84). Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Vinhas, M. (1982). *O Partido: A Luta por um Partido de Massas 1922-1974.* São Paulo: Hucitec.

Walker, I. (1990). *Socialismo y democracia: Chile y Europa en perspectiva comparada.* Santiago: CIEPLAN/Hachette.

Weffort, F. C. (1984). *Por Que Democracia?* São Paulo: Brasiliense.

Weyland, K. (2010). *The Diffusion of Regime Contention in European Democratization, 1830-1940.* *Comparative Political Studies*, 43(8-9), 1148-1176.
———. (2014). *Making Waves: Democratic Contention in Europe and Latin America since the Revolutions of 1848.* Cambridge: Cambridge University Press.

Whitehead, L. (1986). *International Aspects of Democratization*, en G. O'Donnell, P. Schmitter y L. Whitehead (Eds.). *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy* (parte 3, pp. 3-46). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
———. (1991). *Democracy by Convergence and Southern Europe: A Comparative Politics Perspective*, en G. Pridham (Ed.). *Encouraging Democracy: The International Context of Regime Transition in Southern Europe* (pp. 45-61). Nueva York: St. Martin's Press.
———. (1996). *The International Dimensions of Democratization: Europe and the Americas*, Oxford: Oxford University Press.

Wiarda, H. J. (2001). *The Soul of Latin America: The Cultural and Political Tradition.* New Haven, Connecticut: Yale University Press.

Wright, T. C. (1991). *Latin America in the Era of the Cuban Revolution.* Nueva York: Praeger.